

INTRODUCCIÓN

El presente volumen es el resultado de las investigaciones realizadas entre 1997 y 2004 dentro del proyecto auspiciado por el Consejo Alemán de Investigación (Deutsche Forschungsgemeinschaft) con el tema “Interculturalidad y comunicación interdisciplinaria: Latinoamérica y la diversidad de los discursos”. La realización del mismo se llevó a cabo considerando aspectos teórico-culturales, epistemológicos, políticos, sociológicos, filosóficos, estéticos e históricos, entre otros, y teniendo siempre como base común una reflexión transdisciplinaria sobre la constitución y circulación de discursos sobre Latinoamérica. Asimismo se consideraron aspectos teóricos de diversa naturaleza relacionados con el continente, particularmente aquellos de la ‘postmodernidad’, la ‘postcolonialidad’ y la ‘modernidad’.

El volumen, que reúne catorce trabajos de historiadores, teóricos de la cultura y literatura latinoamericana de Alemania, Bélgica, España, EE.UU., Argentina, Brasil y México, se centra en temas fundamentales que abarcan las décadas de los años ochenta y noventa hasta el 2004 desde una perspectiva diacrónica y sincrónica, como son los fenómenos ‘globalización’, ‘postmodernidad’, ‘postcolonialidad’, ‘modernidad’, ‘transculturalidad’ y ‘transdisciplinaridad’. Los textos se pueden reunir en tres grupos: el primero está constituido por los trabajos de Hans-Joachim König y Brigitte König, Alfonso de Toro, René Ceballos y Valter Sinder que se concentran en la relación ‘discurso historiográfico’ y discurso de la ‘nueva novela histórica’. En ellos se trata de delimitar los dos tipos de discursos y de hacer un aporte teórico para analizar y describir sus diferentes estatus epistemológicos y sus similitudes. En un segundo grupo constituido por los trabajos de Rita Gnutzmann, Claudia Gatzemeier, Jacques Joeset, Edna Aizenberg y Malva E. Filer se analiza el corpus elegido bajo los conceptos de ‘postmodernidad’ y ‘postcolonialidad’. El tercer grupo, con el trabajo de Flávio R. Kothe, cuestiona crítica y ejemplarmente las categorías tradicionales de canon literario. El denominador común en todos estos trabajos es el tratamiento crítico que se le dan a los conceptos de ‘postmodernidad’ y ‘postcolonialidad’, especialmente en su filiación a Latinoamérica y en relación con los textos literarios seleccionados. Esta actitud crítica lleva a un aporte genuino respecto del contexto del proyecto y del presente volumen.

La investigación del proyecto no ha tenido como finalidad *comprobar* o *demostrar* que Latinoamérica es postmoderna o postcolonial, ya que estas estrategias no pueden ser pensadas ni formuladas en forma general por la simple razón de que existen numerosos procesos postmodernos y postcoloniales. Como consecuencia tenemos muy diversas ‘Latinoaméricas’, múltiples postmodernidades, postcolonialidades y globalizaciones tanto en el mundo como en el subcontinente latinoamericano. Debido a esto no se puede hablar, por ejemplo, de *la* posición latinoamericana sobre la postmodernidad o la modernidad.

La intención principal es la de sacar partido y consecuencias de aquello que Imbert formula con tanta claridad:

Il faut voir que les théories postcoloniales proviennent à la fois de chercheurs publiant en anglais et vivant aux États-Unis et de professionnels travaillant dans le contexte économique des Amériques latines. Les premiers bénéficient d'une stabilité et d'un accès au monde par la langue et par la diffusion des revues que les chercheurs des Amériques latines n'ont généralement pas car, comme l'ensemble de ces sociétés, ils vivent souvent des conditions de travail précaires liées à un état dont le rôle de définisseur des conditions de travail est transformé par sa volonté d'attirer des capitaux en transit,

de abrir territorios al pensamiento y discursos latinoamericanos desde dentro y fuera de Latinoamérica, como en el contexto alemán lo venían ya haciendo desde hace tiempo Carlos Rincón y, en los años noventa, Birgit Scharlau, Monika Walter y Hermann Herlinghaus, a los que después se adhirieron una cantidad de investigadoras e investigadores más recientes como Ottmar Ette, Janett Reinstädler, Petra Schumm, Susanne Klengel, Ellen Spielmann, entre muchos otros, sin olvidar aquí los muy valiosos trabajos publicados en EE.UU., entre otros, por Walter Mignolo, Hernán Vidal, Eduardo Mendieta, George Yúdice, John Beverly y José Oviedo.

El presente volumen reflexiona en primer lugar la forma en la que se ha dado en Latinoamérica la relación entre 'discurso historiográfico' y 'nueva novela histórica' (o novela 'transversalhistórica' como la denomina Ceballos); asimismo analiza las estrategias postmodernas y postcoloniales de investigación en países y momentos históricos concretos, en historiadores y en novelistas determinados. Este libro presenta así un equilibrado balance entre el análisis de materiales concretos, la formulación de problemas teóricos específicos y el esfuerzo de responderlos.

Hans-Joachim König se concentra en su ensayo sobre "¿Descolonización de la Historia? El caso de la historiografía en la región norteandina" en la compleja relación entre historia y novela en su competencia por la representación de la verdad histórica concretizada en Colombia y Venezuela teniendo como objeto principal mostrar cómo, en estos países, se han venido representando el pasado en la historiografía y cuáles momentos del pasado nacional se elegían, bajo qué condiciones y con qué intenciones se formulaba y transmitía el conocimiento histórico. Importante es que König, en su proceder, supera la dicotomía 'centro' (Europa y EE.UU.) vs. 'periferia' (ex-colonias), a pesar de las relaciones de dependencia. En este contexto, y así cumpliendo con el marco epistemológico del proyecto, König estudia "tanto esta situación colonial como el papel que juega la ciencia histórica en la estabilización o transformación, respectivamente de esa situación", e intenta "verificar o falsificar las afirmaciones del discurso histórico de la literatura cuando deprecian implícitamente a la historiografía –al menos la oficial– como fortificante del poder". Con este fin, König analiza parámetros para luego concretamente investigar sus funciones "en el proceso de la formación del estado y la nación, y finalmente en el interés y las posibilidades epistemológicas del historiador". König, aceptando que las ciencias históricas solamente pueden aprehender una parte de la realidad, rechaza las tesis que sostienen la incapacidad de la historiografía para describir la realidad y rechaza además aquellas opiniones del supuesto retraso de las ciencias históricas en Latinoamérica. Asimismo problematiza los fundamentos y limitaciones del conocimiento científico y pone en claro el carácter de 'construcción', selectivo y por ello hipotético del discurso histórico. Considerando las teorías de Edward Said y Hayden White, König

derando las teorías de Edward Said y Hayden White, König sostiene el común denominador de ambos discursos –el histórico y el novelesco– en el acto de “narrar” con la fundamental diferencia de que el historiador “no puede proceder arbitrariamente, sino que debe someterse a la veracidad científica, metódicamente obtenida y revisada de los hechos. A partir de ese momento pueden ser interpretados”, sin que esto quiera decir que el historiador esté exento de una serie de factores externos que coartan la objetividad científica. La Historia tiene así la difícil y ambivalente tarea de hacer una contribución a “la formación de identidades colectivas dentro de una sociedad, de un estado” como König lo describe en los casos de los estados de la antigua Gran Colombia –Colombia y Venezuela– donde la historia se emplea “como un vehículo muy apto para propagar los valores de los nuevos estados, es decir, un instrumento para la formación de la conciencia nacional, para la identificación con la patria y para el patriotismo” produciendo un discurso oficialista apoyado por diversas instituciones tales como las Academias Nacionales de Historia que se hacen portadores de la Historia oficial. König demuestra con precisión y con su habitual erudición que el “análisis del discurso histórico en la historiografía reciente en Colombia y Venezuela ha revelado que aquella denuncia que afirma que la ciencia histórica juegue un papel importante y exclusivo en la estabilización de la situación colonial interna y del poder político ya no es justa”, sino que más bien al “lado de la historiografía oficial todavía existente hay una historiografía que se hace un deber de revelar precisamente este colonialismo interno”. Sin embargo, esto no “es una cosa fácil puesto que tiene que competir con la historiografía oficial” y, por ello, aquellas opiniones provenientes en particular de los sectores de la crítica literaria respecto del “retrazo” o de la ineficacia de las ciencias históricas para aprehender la realidad latinoamericana son arbitrarias y unilaterales.

Brigitte König, en su trabajo “¿Descolonización de la Historia? El caso de la novela histórica en la región norteamericana”, cuestiona si se puede hablar de una historia postcolonial en América Latina a más tardar desde 1824, o si es que “en ese momento el centro y la periferia [empezaban] a negociar sus relaciones en un diálogo cultural abierto, pluralista e internacionalista”. Con estas preguntas apunta a un aspecto fundamental que en este momento ha pasado a ser una de las mayores preocupaciones en el debate de la teoría cultural orientada hacia Latinoamérica, por una parte, la transformación y contaminación de percepciones de un lado o del otro a través del “contacto cultural” y, por otra, la afirmación de que “la época postcolonial en el sentido cronológico-literal no lo era culturalmente. Los estados latinoamericanos eran políticamente independientes, pero culturalmente se vieron dependientes del centro; la periferia implicaba una conducta por la cual se periferizaba a sí misma”. De igual forma, la crítica señala que dentro “de los estados reinaba una asimetría que también puede ser calificada como centro y periferia. El centro y sus discursos –escritos– dominaban a la periferia sin escritura” que, por no estar integrada en el estado, “era mantenida en el papel de una minoría marginada”. Asimismo indica que se “puede hablar de la conservación de un estado colonial [...] para una parte de la población”, cuya situación “la globalización y las comunicaciones electrónicas agudizan [...] antes de atenuarla”. De allí que Brigitte König insista en preguntar “¿cuándo empieza la postcolonialidad en América Latina y en qué campos existe?”, constituyendo ésta el objeto central de su trabajo en el contexto del estudio de la relación entre el discurso historio-

gráfico y la novela histórica latinoamericana. B. König asevera que la gran cantidad de novelas históricas en la literatura latinoamericana de los pasados cincuenta años no representan una “enfermedad histórica” del “encubrimiento total de la vida por lo histórico” –siguiendo a Nietzsche–, sino por el contrario, estas novelas históricas, particularmente las novelas transversalhistóricas, “diagnostican otra enfermedad histórica: una especie de distorsión de la vida por la historia que puede manifestarse en una reflexión insuficiente de sucesos nacionales y sociales en la historiografía y las mitificaciones y glorificaciones de los héroes nacionales de la Independencia. La nueva novela histórica responde a esta enfermedad y señala al mismo tiempo un desiderátum en la sociedad o algunos de sus grupos que están hartos de los discursos conservadores de la historiografía oficial”. Para señalar la función de este tipo de novelas podríamos aludir la opinión de Carlos Fuentes, quien –al recibir el premio Rómulo Gallegos por *Terra Nostra* en 1977– afirma que la “gigantesca tarea de la literatura latinoamericana contemporánea” radica en “darle voz a los silencios de nuestra historia, en contestar con la verdad a las mentiras de nuestra historia [...]”. Asimismo, siguiendo a Gustavo Álvarez Gardeazábal, esta función residiría en apuntar hacia los olvidos de la historia oficialista o, según Fernando Ainsa, en reclamar una “nueva transdisciplinaridad del discurso historiográfico” que instituye una “verdadera ‘revuelta crítica’ que ha empezado en Europa, pero cuyas repercusiones en la América Latina” se comprueban “en la polisemia del discurso ficcional contemporáneo”. B. König estima como criterio fundamental de estas nuevas novelas históricas el profundo conocimiento histórico de los novelistas que crean sus novelas en una interacción intertextual con los textos históricos y a la vez la desconfianza de éstos frente al material histórico como se ve en autores tales como Reinaldo Arenas, Mario Vargas Llosa, Ricardo Piglia, a los que se podrían agregar una infinidad de otros como Augusto Roa Bastos, Gabriel García Márquez, Abel Posse, Juan José Saer, João Ubaldo Ribeiro, etc. B. König profundiza sus observaciones sobre la base de un logrado análisis de varios textos: la *Historia doble de la costa* del sociólogo e historiador colombiano Orlando Fals Borda; *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez; la biografía erótica *La esposa del Dr. Thorne* y *La Carujada*, ambos de Denzil Romero, e incluye un estudio más detallado de las novelas históricas *Boves el urugallo* de Francisco Herrera Luque y *Doña Inés contra el olvido* de Ana Teresa Torres, describiendo en el primer caso la afirmación y en el segundo la deconstrucción del discurso historiográfico.

Alfonso de Toro, en su contribución “Historiografía como construcción translitológica y transversal en la novela latinoamericana y española contemporánea (A. Roa Bastos, C. Fuentes, M. Vargas Llosa y A. Gala)”, trata el –según él– centenario y tópico tema de la relación “entre el discurso historiográfico y la realidad, por una parte, y la nueva novela histórica y la ficción, por otra” ya que desde “Aristóteles, Cervantes y Diderot hasta Balzac y Flaubert, Borges, Robbe-Grillet y Calvino se han ocupado reiteradamente con el, al parecer, siempre actualísimo fenómeno de la relación entre ficción y realidad”. A. de Toro se centra en el análisis de problemas comunes que se plantean las ciencias históricas a más tardar en los años setenta respecto de la construcción discursiva del discurso historiográfico y de la novela en relación con su contribución al saber y al conocimiento histórico, y menos respecto de su estatus discursivo (científico o ficcional). Para ello parte

de dos tipos de estrategias, aquella de la ‘novela metahistórica’ o ‘metanovela histórica’ que arranca a su vez de una epistemología de la filosofía postmoderna, “con nuevas teorías del discurso y de la construcción del sujeto, que confluyen en un nuevo concepto de verdad histórica y que en la novela experimentan un amplio y libre desarrollo, ya que al no ser la novela un discurso científico puede ir más allá que una disciplina sujeta a ciertos parámetros y reglas. Este tipo de ‘nueva novela histórica’ funciona como un *correctivo* amplificador y complementario, como una interpretación alternativa al discurso histórico científico y/o de la historia oficial, como una deconstrucción de representaciones históricas canónicas, en fin, como un ‘suplemento’ (en el sentido que Derrida le da a este término)”. Así, también este tipo de novela tiene su base en la teoría postcolonial de releer y reescribir la historia oficialista. Esta ‘nueva novela histórica’ comienza o se concretiza con *Yo el Supremo* (1974) de Roa Bastos, momento en el cual se establece este “nuevo paradigma donde lo histórico se transforma en un objeto y acontecimiento fundamental”. Un momento que, según A. de Toro, no es casual, sino que está circundado por preguntas y respuestas planteadas por Le Goff de la “escuela de los Anales”, por la ‘*nouvelle histoire*’ (que entiende la historia como “construcción”) o por Hayden White en *Metahistory*, conceptos que partiendo de las teorías de Lacan, Foucault, Derrida, Baudrillard, Deleuze/Guattari y Lyotard “[...] son una consecuencia de las escuelas filosóficas cuyos resultados se expanden a todas las áreas del saber” provocando “una creciente conciencia de la necesidad de corregir y reinterpretar la historia a razón del fracaso de utopías y finalidades de la modernidad que en parte desemboca en dictaduras con sus representaciones históricas arbitrarias, de proponer en el imaginario colectivo otras imágenes a aquellas nacionalistas, idealizadas, absolutas basadas en héroes y guerra”. De igual forma “encontramos el efecto de la decolonización con su respuesta en la postcolonialidad”; “la celebración de los 500 años del descubrimiento” como “una revisión más que una celebración”. De allí se puede explicar –así de Toro– esa “enorme cantidad de ‘nuevas novelas históricas’” no solamente en Latinoamérica, sino también, por ejemplo, en el Maghreb. “Todas estas novelas tienen como tema central la gran historia vista desde la perspectiva de las pequeñas historias, en muchos casos desde la autobiografía, de lo cotidiano, de la sexualidad, del deseo, del marginado pero siempre dentro de una variedad de perspectivas narrativas, mediales y textuales”. Entre los criterios generales para caracterizar esta epistemología en un metanivel se encuentran los “constituyentes semióticos y los transportadores mediales de la historia, la escritura y la oralidad [que] tematizan en su función concretizadora de lo real la presencia y la ausencia de lo representado”. Asimismo reformulan el “‘logocentrismo’, y con ello la categoría ‘origen’” obteniendo “la posibilidad de una producción de significado [...] a favor de una diseminación de la significación y con ello de una historia siempre en camino que va constituyéndose continuamente en un acto de translación *ad libitum*”. La “deslimitación de las fuentes” y una “ampliación y enriquecimiento de los materiales que sirven de punto de arranque para la interpretación”; “el principio de la ‘altaridad’, del ‘escribir entre medio’, ‘de una escritura de la diferencia’ se establecen como principio de construcción como alternativa a una discursividad histórica teleológica, unilateral, causal y cronológica”. Sobre la base de estos criterios, A. de Toro define este “‘nuevo discurso histórico-novelesco’ o ‘transversalhistórico’ [...] como la es-

cenificación de las condiciones generativas de la mimesis, de la representación de la historia y de su poder discursivo de conocimiento (*Erkenntnis*) como suplemento del discurso historiográfico [...] cuestionando y redefiniendo los conceptos de ‘historia’ [...] y de ‘ficción’ [...]: la oscilación entre ciencia y ficción; el pasaje entre las disciplinas. La *trans-textualidad*, la *autorreferencialidad* y la *autorreflexión* y la *metatextualidad* serían estrategias constituyentes de este nuevo tipo de novela histórica” y al mismo tiempo “la base de los términos ‘metanovela histórica’ y ‘novela metahistórica’”. En el primer caso, el objeto “es la tematización del discurso novelístico, su aspecto semiótico-pragmático, la novela como construcción discursiva”; en el segundo, el objeto es “la reflexión sobre la construcción de la historia misma. Ambos casos tienen en común la escritura como fuente de toda construcción y representación”. Así, bajo ‘historia’ se entiende una *construcción*, la “volubilidad y fragilidad del discurso histórico [...]” donde “construcción pasa a ser junto al hecho histórico mismo [...] el objeto fundamental de la narración”. La historia se convierte en una “narración de las ‘orillas’, en el sentido de escribir y hacer la ‘otra historia’, aquella que reclamaban Balzac y Benjamin: la olvidada, la encubierta, la manipulada, la estrangulada por las escrituras oficiales, por los autoritarismos estatales, por las falsificaciones ideológicas, por el olvido. Se trata de hacer una historia ‘menor’, esto es la subversiva, la aún no narrada, la que va contra el canon o contra la mimesis disciplinaria. La ‘historia orillera’ es aquella de los entrecruces de posibilidades, en la *fisura* donde se reúne lo uno y lo otro, donde en un plano se negocian las tensiones de la diferencia y las contradicciones de la historia y sus actantes; la historia como *translación*, como un gigantesco palimpsesto donde la historia es el resultado de la escritura, más bien de la re-escritura y re-lectura que realizan los actantes que manipulan el discurso: la historia y con ello la realidad no existe en sí, sino que es *creada* por el *transladador*”.

Luego de ofrecer un panorama desde Berr, Fevbre, Braudel, Benjamin, Le Goff y White, A. de Toro se concentra en el estudio de cuatro concretizaciones híbridas: en *Historia de Mayta* de Mario Vargas Llosa, analizada como el camino que va de la reconstrucción a la construcción de la historia en la postmodernidad y que se devela como fracaso de la Reconstrucción de la historia sobre la base del discurso histórico o como la imposibilidad de la verdad empírica, deduciendo por ello la Historia como un *constructo* nómada-subjetivo. *Yo el Supremo* y *Vigilia del almirante* de Augusto Roa Bastos, como siguientes ejemplos de su análisis, las caracteriza A. de Toro como “la fundación de la novela metahistórica y de la metanovela histórica” o “Historia como construcciones semióticas híbridas”, como diseminación, como relectura y reescritura en la tradición de “Pierre Menard”. *El manuscrito carmesí* de Antonio Gala es interpretado como una corrección y ampliación de la historia musulmana de España donde la hibridez se reconoce como principio civilizador. Finalmente, interpreta la Conquista de México en *El naranjo* de Carlos Fuentes como un acto gigantesco de translación, de la construcción de la Otredad en un contexto altamente ambivalente simbolizado por la capacidad recodificadora del naranjo y de Quetzalcóatl. Todas estas novelas parten de principios epistemológicos comunes, de la translación e hibridez, proponiendo diversas concretizaciones de pensar y de escribir la historia. La historia como objeto, producto de una semiosis infinita de múlti-

ples palimpsestos, superposiciones e intersecciones que cada vez van quedando más claros en un *crescendo* que va desde Vargas Llosa hasta Carlos Fuentes.

René Ceballos, en “Representación de la historia en contexto postcolonial: el caso de la novela *transversalhistórica*” constata que a “más tardar en la segunda mitad del siglo XX, los campos de la cultura y la ciencia se pueden caracterizar por su tendencia a cuestionar y a abolir oposiciones que hasta entonces se creían definitivas, estáticas e inamovibles o a redefinir y aún disolver los límites que antes definían al objeto y sujeto, la literatura y la historiografía, la realidad y la ficción”. Dentro de este marco se establece una nueva forma de “*pensar, percibir y construir el mundo*” que influye en la escritura tanto de la filosofía como de la historiografía y de las novelas históricas. Debido a este cambio en el pensamiento, Ceballos advierte que no es más posible hablar de *nueva novela histórica* para el caso de novelas históricas contemporáneas que han asumido en su escritura este cambio epistemológico, por eso, desiste de utilizar esa denominación y propone sustituir este término por el de *novela transversalhistórica*, ya que éste aglutina en su designación su característica epistemológica principal: la *transversalidad* (concepto que él utiliza siguiendo la filosofía de la *razón transversal* de Wolfgang Iser). Para la definición de este tipo de novelas, Ceballos señala además la hibridez, la autorreferencialidad y la metadiscursividad como características básicas de las mismas. El concepto de transversalidad es importante porque gracias a él “es posible establecer una equivalencia discursiva filosófica, histórica y literaria, en la que los diferentes discursos no compiten por una posición primordial definitiva sino que resaltan su complementariedad en el *tercer espacio*” que el carácter híbrido de la novela les ofrece. La hibridez de estas novelas es entendida como “una combinación semiótica de tipos discursivos dispares que no se leen como un abanico o catálogo discursivo, sino como una conexión rizomática equitativa que no borra ni soslaya sus puntos de enlazamiento, que no contiene un origen primigenio (*arche*) y en la que tampoco se encuentra de ninguna forma un final definitivo y absoluto”. De esta forma, la novela transversalhistórica rompe con la práctica mimética tradicional y concibe decididamente los acontecimientos históricos como literatura –como construcción– sobre todo porque su punto de referencia no es el mundo *objetivo* texto externo sino una realidad *textualizada*, es decir, aquella *inscrita* en un sistema cultural específico. Asimismo, este tipo de textos puede concebirse como una reescritura y contraescritura de la Historia, una noción que Ceballos ejemplifica analizando las novelas *Los perros del paraíso* de Abel Posse (1983) y *Vigilia del almirante* de Augusto Roa Bastos (1992). En ambas se demuestra el cuestionamiento que los autores hacen de la historia oficial del así llamado descubrimiento de América. Por último, Ceballos señala que la novela transversalhistórica deconstruye las formas tradicionales de representación de la Historia por medio del “cuestionamiento de discursos absolutistas” y a través de la “deterritorialización de figuras y acontecimientos de su espacio histórico y de su reterritorialización en la ficción de sí mismos”.

Valter Sinder, en su texto “Considerações em torno do novo romance histórico brasileiro” apunta que sólo a partir del texto *Imagined Communities* de Benedict Anderson se enfatiza el “sentimiento de nacionalidade”, es decir, el “sentimiento pessoal e cultural de pertencimento a uma nação”. La escritura de la Historia en general y en particular es con-

siderada por Sinder como un instrumento sociocultural útil para reflexionar y analizar la idea de nacionalidad como proceso de formación y de construcción. Siguiendo a Bhabha, el crítico juzga que la idea decimonónica de nación surge como una “poderosa idéia histórica” que emerge “de tradições do pensamento político e da linguagem literária”. Es así como el surgimiento del romanticismo literario se va a entender más tarde como un “vínculo de nacionalidade”, que, en el caso de Brasil, tomará la figura del indio y la naturaleza “como traço distintivo do continente americano”, siendo especialmente el indio el vínculo entre la naturaleza tropical y una forma de vida que “será caracterizada como brasileira”, es decir, anterior a la colonización portuguesa. Para tal empresa –la narración de la nación– se utilizarán principalmente la escritura de la Historia y de la novela histórica, teniendo ello como consecuencia en la literatura que todo aquel texto que no tuviese como fin la formación de una identidad brasileña se vendría a marginalizar.

Después de la dictadura en Brasil, y especialmente en los inicios de la década de los 80, “os romances alegóricos-documentais do período da ditadura vão dando lugar aos romances polifônicos”. Un ejemplo de ello se establece con la novela *Em liberdade* de Silviano Santiago (1981) que además de *finalizar* las memorias incompletas de Graciliano Ramos construye una conversación entre Cláudio Manuel da Costa (poeta y rebelde del siglo XVIII), Graciliano Ramos (novelista del siglo XX), Waldimir Herzog (periodista muerto en 1970) y él mismo. Se trata de una novela en la que se reflexiona sobre el papel del intelectual frente a regímenes autoritarios y en la que se discute sobre la “identidade e fragmentação, nas duas dimensões de identidade, a identidade coletiva de um país, o Brasil, e a identidade pessoal do autor, do personagem e do próprio leitor em vários lugares e em vários momentos”. De esta forma se va instaurando en la literatura una identidad plural característica de la postmodernidad que, reflejada en novelas históricas contemporáneas, como por ejemplo *Boca do inferno* de Ana Miranda (1989), “desestabiliza as noções admitidas de história e ficção”. Estas novelas –al contrario “do romance alegórico-documental que nos anos da ditadura aspirava contar a verdade”–, procuran preguntar “de quem é a verdade que se conta” y ayudan a crear los “entre-lugares (espaços de negociação de diferenças e identidades) culturais da nação”, que continúan reinventando “o Brasil e os Brasileiros”.

Rita Gnutzmann, en su ensayo “Rasgos postmodernos en *La fragata de las máscaras* de Tomas de Mattos”, indicando la dificultad de definir o periodizar la postmodernidad¹, presenta algunos elementos característicos postmodernos en la novela *La fragata de las máscaras* como la pluralidad de voces, la literatura como reescritura y la relación

1 Al respecto indicamos, entre otras, dos fuentes donde se puede constatar una base para la descripción y periodización de la postmodernidad. En particular para Latinoamérica, vid. A. de Toro (1990a), “Postmodernidad y Latinoamérica (con un modelo para la novela latinoamericana)”, en: *Acta Literaria* 15: 71-100 [reimpreso entre otros en: *Revista Iberoamericana*. 155-156 (1991): 441-468; *Plural. Revista cultural de Excelsior* 233 (febrero 1991): 47-61; E. Höfner/K. Schoell (eds.) (1996), *Erzählte Welt: Studien zur Narrativik in Frankreich, Spanien und Lateinamerika. Festschrift für Leo Pollmann*. Frankfurt am Main: Vervuert. pp. 259-299]; y, en forma general, vid. Wolfgang Iser, *Unsere postmoderne Moderne* (Weinheim 1991).

historia-ficción². Fuera de eso, Gnutzmann agrega la “relatividad de los valores, de la falta de un centro único que determine la importancia o el sentido de lo ocurrido, dispersándolo entre una multiplicidad de voces que mantienen la inseguridad hasta el final (la historia oficial escrita contra la versión múltiple oral)” y la “idea del *simulacro*, pero no en el sentido que le dan Baudrillard y Jameson (espectáculo que enmascara la ausencia de una realidad básica) sino como construcción que investiga qué posibles sentidos subyacen a la máscara. En su reescritura de(l) texto(s) anterior(es) abre la perspectiva (blanca) racionalizante para incluir otros sistemas (creencias mágicas, instinto y deseo). No hay verdadero centro sino dispersión hacia los márgenes: la narradora Péguy (auténtico anacronismo tomar una mujer como centro de opinión y decisión en el siglo XIX) y los negros esclavos (del todo ausentes como voz propia en la época de los acontecimientos)”. El autor, apunta Gnutzmann, “hablando en términos postcolonialistas, otorga verdadera dignidad a estos personajes que cuenta[n] su verdad y su historia conquistando así una participación desde su diferencia. No ofrece otro ‘gran metarrelato’, ni siquiera el de la revolución y la utopía (Babo fracasa y es ambiguo como héroe libertador; la utopía de la isla Mocha es una obvia construcción literaria) sino un acontecimiento del que sólo llegamos a conocer algunos aspectos fragmentarios. Si es cierto que ninguna sociedad puede prescindir de un núcleo ideológico-cultural que la legitime, de Mattos busca ampliar este núcleo, tal como ya había empezado a hacer en *¡Bernabé! ¡Bernabé!*”. Luego de describir la novela y sus fuentes literarias e históricas, Gnutzmann analiza en la novela la “polifonía” o “pluralidad de voces” y su consecuencia, el “conflicto de los discursos, la falta de jerarquización, la inclusión de discursos marginales y la imposible legitimación de unos y otros, su mutua relativización y su fragmentariedad” expresada en diversos tipos de textos (notas, apuntes y otros) y en una compleja estructura de los diversos capítulos que se encuentran en correspondencia con las diversas perspectivas narrativas superpuestas y entrelazadas en un sistema de “cajas chinas” como las llama Vargas Llosa en los años setenta³.

Flávio R. Kothe argumenta en “A revisão pós-moderna do cânone brasileiro: periferia vs. centro” que en Brasil se consolidan modelos de interpretación según “interesses de oligarquias” provocando que no se perciba más la diferencia entre la interpretación institucionalizada y la naturaleza del objeto e ignorando cualquier tipo de lectura que postule

2 Al respecto del contexto latinoamericano, además de lo señalado en la nota anterior nos permitimos mencionar de A. de Toro “El productor ‘rizomórfico’ y el lector como ‘detective literario’: la aventura de los signos o la postmodernidad del discurso borgesiano (intertextualidad-palimpsesto-rizoma-deconstrucción)”, en: K. A. Blüher/Alfonso de Toro (eds.), *Jorge Luis Borges: Procedimientos literarios y bases epistemológicas*, Frankfurt am Main: Vervuert, 1992, pp.: 145-184 [reimpreso, entre otros en: *Studi de Litteratura Hispano-Americana* 23 (1992): 63-102 y en “Borges and Postmodernity”, en: Eduardo Mendieta (ed.), *Latin American Philosophy. Currents, Issues, Debates*. Bloomington/Indianapolis: Indiana UP., 2003, pp.: 89-123].

3 Vid. al respecto de estas técnicas A. de Toro, *Die Zeitstruktur im Gegenwartsroman am Beispiel von G. García Márquez, Cien años de soledad, M. Vargas Llosa, La casa verde und A. Robbe-Grillet La maison de rendez-vous*, Tübingen: Gunter Narr Verlag, (1982/1986) e ídem *Los laberintos del tiempo. Temporalidad y narración en la novela contemporánea (G. García Márquez, M. Vargas Llosa, J. Rulfo y A. Robbe-Grillet)*, Frankfurt am Main: Vervuert (1992/²2002).

algo distinto del canon, ya que “sem poder, não há palavra” y “sem um mínimo de poder, não há nenhum afloramento de alternativas”. Es por ello que por ejemplo hasta el momento no haya en la historiografía literaria brasileña análisis “a partir do horizonte das minorias não-lusas”. Solamente deconstruyendo el gesto semántico de la “estrutura profunda do cânone dominante” se puede percibir el sentido de la manipulación ideológica articulada por las obras. El canon es para Kothe “uma ficcional reconstrução *a posteriori* da história”, a través de la cual se encuentra en el pasado “exatamente aquilo que nele se quis projetar, mas que se apresenta como se fosse a mais objetiva captação do processo histórico de formação, sem a menor participação volitiva do exegeta”. La constitución del canon no es más que una lucha por el poder que confiere autoridad a ciertos autores para que legitimen las políticas vigentes y las autoridades que la ejercen. Ello no significa que todo lo que se encuentra dentro del canon sea de alta calidad artística pues hay mucha “banalidade, bobagem e *kitsch*” en él, por eso es necesario reexaminarlo para determinar lo que debe y puede quedarse dentro y lo que indudablemente tiene que ser retirado. Las historiografías tradicionales –con su presupuesto de totalidad– insinúan que han seleccionado sólo lo que se merecía elegir y se transforman en una forma de totalitarismo. Para modificar esta tendencia debe entonces establecerse el principio de que no hay un canon ni una lectura definitivos sino más bien una cadena infinita de significantes.

Kothe señala asimismo que analizar el canon brasileño desde una perspectiva interna resulta difícil ya que el “sistema luso-brasileiro” nunca aceptó que se “articulasse um discurso diferenciado”. No obstante, el otro está presente, a pesar de que la identidad no lo acepte así: “É uma tendência da identidade não aceitar o outro como outro nela mesma, como alternativa constitutiva de si própria: sua identidade só é, no entanto, identidade enquanto diferença”. La literatura brasileña practicó y practica aún hoy en día una “política de assimilação” que impide a las minorías asumir una identidad propia imponiéndoles una “identidade brasileira” ficticia; una actitud reduccionista y totalizante si se considera la composición étnica del país. Para superar esta situación es necesario entablar un diálogo en el que el “discurso dominante aceite de modo imediato a existência de um outro lado” y no sólo cuestionar la verdad de la interpretación canonizada sino cuestionar el propio concepto vigente de verdad. Lo que hoy se podría hacer –según Kothe– es esbozar el surgimiento de una literatura que reflexione el “encontro e o desencontro de culturas” en el país ya que todo texto contiene en sí otro texto –que lo niega pero que sin él no existiría– es decir, su “alternativa interiorizada”. Ésta es la verdad secreta del sistema, es una “fala segunda aflorando pela falha”, es un anti-sistema del sistema. Se trata de un texto alternativo inscrito en el mismo texto, de una posibilidad dentro del texto que el propio texto no osó recorrer, de la contradicción productiva entre el contenido manifiesto y el contenido latente, que puede expresarse en forma de crítica o en forma de un nuevo texto literario.

Una relectura diacrónica del canon literario brasileño deberá considerar “como fatores epistemológicos fundantes diferenças regionais, processos de ocultamento textual, contribuições e silêncios das minorias étnicas e culturais, forças e tendências políticas presentes, padrões qualitativos internacionais, dependências culturais brasileiras” y, entre otras, tendrá que hacerse las siguientes preguntas:

Que significa querer falar de Literatura “Brasileira” em um país dominado culturalmente e que sentido tem isso quando o conceito de Estado-nação vem se tornando obsoleto pela internacionalização da economia? Se essa literatura trata de expressar e até formular uma identidade nacional, que identidade é essa, quanto há nela de supressão e repressão de outras alternativas? Por que se reinventou uma “brasilidade luso-índia” e se passou a atacar o teuto e o “chim” justamente quando se consolidavam as grandes imigrações? Será vantagem supor que a população do território brasileiro realmente constitui “uma nação”?

Una relectura de la literatura brasileña canónica como una de las constituyentes de identidad nacional se verá obligada a considerar lo “primero”, lo “auténtico” como lo que en realidad es, como una construcción *a posteriori*, es decir, no como algo que realmente haya existido, sino como un “produto da fantasia, em que necessidades e desejos do presente se conjugam a dados do passado para constituírem uma projeção de um modo de ser e sobreviver no futuro”. Además de esto, el crítico señala que es indispensable releer críticamente los textos canónicos porque la “história da literatura brasileira é a história da atualização da paráfrase a modelos externos que são neutralizados e não reconhecidos”, es decir, porque es la copia de una historia múltiple que se presenta como originaria y que se utiliza para crear la ficción de la identidad nacional.

Claudia Gatzemeier, en “La narrativa postmoderna latinoamericana bajo el signo de la metadiscursividad. El ejemplo de Rafael Ángel Herra”, presenta un panorama del desarrollo de la teoría de la metaficción partiendo de los orígenes de la discusión y abarcando los trabajos de John Barth, William Gass, Michael Boyd, Raymond Federman, Robert Alter, Linda Hutcheon, Patricia Waugh y Brian McHale. Se afirma la tesis de Patricia Waugh que la novela sólo puede mantener su relevancia en el mundo contemporáneo si se dedica a investigar cómo se constituyen y se legitiman las estructuras, normas, leyes, valores que lo determinan. La obra narrativa del autor costarricense Rafael Ángel Herra ejemplifica lo dicho hasta allí. Para demostrarlo se analizan dos de sus obras narrativas, la novela *El genio de la botella* subtitulada *Relato de relatos* (publicada en 1990) y *El soñador del penúltimo sueño*, una colección de cuentos (publicada en 1983). Haciendo hincapié en gran cantidad de ejemplos, los dos análisis muestran los procedimientos literarios de Herra entrelazándolos con las preocupaciones filosóficas del autor y los principios epistemológicos en los cuales se basa.

Jacques Joset, en su trabajo, “Más allá de la postmodernidad: José Donoso”, considera que una “feliz casualidad hace que la fecha de publicación de *El obscuro pájaro de la noche*, 1970, coincida con la articulación cronológica de este volumen dedicado a la narrativa hispanoamericana en la condición postmoderna. Si, de algún modo, se quiso señalar así el punto de partida de una nueva etapa en la historia de las ficciones latinoamericanas, el corte escogido le va de perlas a José Donoso cuya obra maestra deja, al decir de una crítica unánime, los últimos senderos del “realismo” ya bastante desvaído de *Coronación* (1958), *Este domingo* (1966) y *El lugar sin límites* (1967). El paso personal del escritor chileno a un modo de novelar descentrado, estallado, experimental, complejo y ambicioso vendría a ser emblemático del arranque de la postmodernidad narrativa hispanoamericana”. A pesar de esta constatación, Joset problematiza aspectos epistemológicos y cronológicos con respecto a esta coincidencia ya que –como lo indicaba Gnutzmann– conceptos definitorios y cronológicos son inciertos.

conceptos definatorios y cronológicos son inciertos. No obstante estas dudas, Joset considera que las ficciones “post *Obsceno pájaro de la noche* [...] encierran todas, hasta en la novela póstuma, *El mocho* [1997], varias marcas indudables de postmodernidad, según los criterios socioliterarios más comúnmente aceptados”. Dentro de este grupo también se puede considerar su corpus constituido por dos novelas *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria* (1980²1981) y *El jardín de al lado* (1981) así como *La desesperanza* (1986), escrita y ubicada en el Chile de Pinochet. En *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*, que en un primer momento se presenta como un “divertimiento” o una “novela erótica y galante” se revela como altamente “subversiva” en cuanto se constata un “asedio al realismo”, una subversión frente a “los tópicos de un subgénero novelístico en vista de su aniquilación”, a la “dilución de la cultura en el caos primitivo corresponde la disolución de las formas de un género canonizado, aunque menor”, de un texto muy marcado por la intertextualidad paródica: episodios eróticos sobre el objeto de los deseos sexuales de los personajes de la “novela galante” en relación con ilustraciones cada vez más desfasadas respecto del proceso de degradación, de animalización y de pérdida de los rasgos de modernidad poniendo en entredicho la identificación genérica de la ficción que cuenta la historia de su desaparición, e intertextualidad pictórica: ilustraciones gráficas, el diseño de la cubierta de *El jardín de al lado* según el óleo de Magritte, *Les amants* (1927), la pintura de Arnold Böcklin, “La isla de los muertos”, que ilustra la tapa de *La desesperanza*. “Las ilustraciones tienen una clara función apertural que orienta la lectura de lo que sigue, libro o capítulo, le da sentido y la sitúa en una ambientación cultural precisa. Todas son representaciones de la joven “mujer moderna” o “modernista” de los años veinte, de clase burguesa, adinerada, vestida a la última moda parisina, deportiva, atractiva hasta en la viudez y rodeada de todos los símbolos de la modernidad (automóvil, decoraciones modern style)”. Las representaciones pictóricas y la ausencia de palabras producen una “descolocación perturbadora del orden lógico [y] puede ir acompañada de un desplazamiento semántico, a veces mínimo, que subvierte el trazado de la ilustración”. Así “la falsedad de las palabras, los dobleces intencionales y los equívocos discursivos que forman buena parte de la textura de la novela, se repiten en la red de sentidos encontrados entre texto e imagen” y constituyen “leves desplazamientos semánticos” que van más allá de la “ironía o de la mentira social” e integran “una estrategia narrativa de sustitución de la galantería por el horror, vinculada a la subversión genérica”. Las estrategias paródicas destruyen “las marcas de la modernidad literaria sofisticada y contribuye[n] al derrumbamiento de los signos de civilización”, transgreden aspectos genéricos “que transforma la rancia tradición madrileña de las novelas galantes en novela de terror, metafísicamente orientada hacia la animalización y la destrucción del ser, culturalmente marcada por la revancha de una América salvaje, pero que dio un Rubén Darío al mundo, sobre una España civilizada que se refocila con Felipe Trigo”. En *El jardín de al lado* se describe la lucha de una pareja de chilenos exiliados en España durante la dictadura de Pinochet en una forma autobiográfica, problematiza la relación autor-narrador-personaje y su presunta muerte según las teorías literarias modernas y postmodernas al “descolocar a la narradora legítima, al sustituirla por un yo que no le pertenece y al reponerla finalmente como dueña de la escritura” y, sobre la base de “un proceso complejo de proyec-

ciones autorreferenciales enmascaradas, disfrazadas o ahuecadas”, constituye una estructura altamente ambivalente. Asimismo, Joset describe cómo Donoso –recurriendo a estructuras metaficcionales– debate problemas del “boom” de los años sesenta y setenta y sus efectos en los años siguientes textuales; igualmente expone cómo Donoso retrabaja su propia historia personal del boom y cómo “sobre los escombros del boom y de su caja ahora sin secreto, *El jardín de al lado* sugiere el nacimiento de una “nueva novela hispanoamericana” que reanude con el éxito”. Por último, en la recepción de *La desesperanza* (1986), Joset describe este texto escrito después del retorno de Donoso a Chile donde éste trata “la tragedia política chilena” en una mezcla entre “realismo” y “fantasías” enmarcados entre “imitación” y “simulacro”.

Adriana J. Bergero, en su trabajo “Modernidad, liminalidad y latencia en *La frontera sur*. Reescrituras borgeanas de la erradicación” se plantea el problema de la construcción de la nación, de aquella particular historia como se da en la segunda mitad del siglo XIX en el estado moderno argentino donde circulan “nuevos valores refrendados por la Gran Modernidad metropolitana, por medio de nuevas instituciones, procesos de tecnificación e imaginarios sociales” y “discursos relacionados a la modernización, eugenesia, conquista militar, territorialidad e identidad nacional [que] fueron articulados alrededor de la Frontera Sur y constituyeron un texto social organizador del mapa geopolítico y social-militar, así como de la segunda formulación del discurso nacionalista argentino”. En este contexto A. Bergero se centra en el “discurso de la *Conquista del Desierto*” y en el de *La frontera sur*, “reimaginada ya desde la reconciliación urbanizante y paternalista de la Generación del Centenario”. Luego, A. Bergero se ocupa del desplazamiento que se produce alrededor de 1930, de la atención del problema indígena y de las grandes migraciones recurriendo a un amplio corpus formado por un lado por la obra de Lugones y Borges y por otro por Benedict Anderson y Timothy Brennan, para así analizar en particular tres textos borgeanos: “El Sur”, “El evangelio según Marcos” e “Historia del guerrero y de la cautiva”, que se encuentran “directamente vinculados al mapa geopolítico del discurso de la Frontera Sur”. De especial interés es la recontextualización histórica que realiza Bergero por ejemplo sobre la narración “El Sur” en la que traza un detallado y rico mapa político-histórico-cultural de este cuento. Bergero constata que se produce una “doble desterritorialización geográfica y económica” que “asegura así un sujeto deshistorizado, neutralizado, sin posibilidad de disenso y gradualmente invisible a causa de la miscegenación o mestizaje. En el mapa de la Nación imaginaria esta condición de invisibilidad es naturalizada por el discurso de la Frontera Sur, al mismo tiempo que se solapa el verdadero botín de la Conquista: la ocupación, colonización y productividad de los latifundios de la pampa húmeda y de Patagonia por parte del capital terrateniente, mayoritariamente extranjero”. Fuera de eso, Bergero pone en relieve los entrecruces históricos y ficcionales entre los cuentos de Borges: “Prado alude a dos iconos de la Nación imaginaria de la Generación del 80: el ferrocarril y el ejército, ambos cruciales para la hegemonía económica de la elite argentina modernizadora [...] en un viaje que va desde el resguardo del espacio de la ciudad a la imprevisibilidad de la barbarie”. Mientras “el sujeto autobiográfico de *La guerra al malón* toma el ferrocarril del Oeste, el primero del país, en Estación del Parque”, en “El Sur” el personaje borgeano “Juan Dahlmann, aborda el ferroca-

rril de Sur en Estación Constitución, inaugurado en 1862 por el capital británico. De manera que ambos hacen uso del ferrocarril, icono refrendador del intervencionismo del capital británico y baluarte complementario de la Conquista en su etapa colonizadora”. Así “El Sur” toca estas dos correas conductoras de la agenda global de la Gran Modernidad: por un lado, el puerto, por donde entra al país en 1871 Johannes Dahlmann, el pastor evangelista abuelo de Juan Dahlmann. Por otro, el ferrocarril, por el que Juan viaja a la pampa. Hacia 1939, tiempo diegético de “El Sur”, el personaje borgeano aparece como un despreocupado y consumado sujeto nacional en el que se han suturado ya todos los desafíos y costos sociales de los procesos identitarios de la Modernidad: es esperable entonces que sea un sujeto urbano, “secretario de una biblioteca municipal de la calle Córdoba” y que se sienta “hondamente argentino” y “‘El Sur’, la Frontera Sur y el Cacique Catriel parecen haber sido dejados atrás hace tiempo, desde el momento en que el personaje borgeano se desplaza por la pampa hacia su casco de estancia, como Juan por su casa”. De esta forma Bergero va estableciendo paso a paso las correlaciones entre ambos campos, el histórico y el ficcional concluyendo que Juan Dahlmann “en su mapa cognitivo del espacio pampeano reconoce [...] con satisfacción [...] ese circuito epistémico-perceptivo etnocéntrico y autorreferencial, deshistorizante y abstractizante, provisto por el texto social de la Frontera Sur. Postestructuralmente, podríamos decir que reconoce un discurso, una representación, no una realidad. Los protagonistas, sus hábitos, su vestimenta, su gestualidad, la localización puntual del grupo (el Sur) lo tranquilizan por confirmarle una coherencia discursiva de estereotipos y dioramas. Estereotipos, tanto en relación con la escena nacional, como con la acción a desarrollarse en dicha puesta en escena –y a la posición de los actores en la escena nacional. Sin embargo, los gauchos de “El Sur” borgeano no actuarán como peones de un diorama con espacios y distancias sociales estrictamente adjudicados, y esto, a pesar de que en ellos Juan pueda reconocer cabalmente la misma vestimenta, los mismos ponchos y vinchas con los que son descritos y hablados por los museos nacionales”. En “El Evangelio según Marcos”, Borges nos remite –así Bergero– “a la inconfundible geopolítica de la Frontera Sur: la Laguna de Gómez, Bragado, Chacabuco, el Río Salado situado entre la primera y tercera línea de la Frontera Sur; el partido de Junín, donde “la gente guardaba algún recuerdo de los malones, cuando la comandancia estaba en Junín””. “El Evangelio según Marcos”, siguiendo la interpretación de Bergero, “habla de varias modalidades de la expulsión de la Nación-Familia “bien formada” imaginada por Lugones” y de “la modalidad alocutora de su discurso minoritario”, los Gutre son capaces de reterritorializarse, al deponer esta supuesta identidad/non-place sin memoria ni subjetividad ni referente local-histórico y contextual que les atribuye la ciudad letrada”, de donde proviene “esa memoria del despojo –esa parole latente y esa deuda interna de la Nación imaginaria–, una memoria que parece ser capaz de entretejer [...] la paternidad negada por los padres olvidadizos de Los Álamos, la oscuridad dejada por la Conquista y su imperceptible mecanismo de neutralización económica, política y cultural. Con la entrega sexual de la muchacha, los Gutre logran finalmente completar el cuadro: apropiación y latifundio, vasallaje, paternalismo colonizante y sexualidad bastardista. Todo ello constituye la latencia obliterada por el registro hegemónico y sus imaginarios sociales”. En “Historia del guerrero y de la cautiva”, finalmente, Borges trabaja estereotipos

y problemas de identidad que luego pasarán, en la postcolonialidad, a ser temas fundamentales. Aquí, en todo caso, Borges está tematizando –según Bergero– en relación con Edward Said, Abdul Jan Mohamed y Homi Bhabha una “articulación del marcaje y discriminación espacio-social del colonialismo, puesto que el maniqueísmo del Orientalismo” se “nutre de una construcción de sentidos y atribuciones sociales de corte esencialista”: “La abuela cuya alocución es recogida en “Historia del guerrero y de la cautiva” parece operar desde un enclave de naturalización estereotipadora del otro. Desde él ve con horror la escena de transculturación invertida protagonizada por una inglesa, junto a su bárbaro pampa”. Lúcidamente, Bergero señala que “La Cautiva borgeana hace el camino al revés que Droctulft” ya que el “narrador de “Historia del guerrero y de la cautiva” quiere “dar cuenta de lo contrario”, esto es, “su historia no está escrita para emitir palabras tranquilizadoras ni para ponderar la cobija de la casa, sino para abrir huecos e intersticios. Hibridizada en la extensión de la pampa, la Cautiva inglesa-araucana de Yorkshire ha perdido el objeto y el objetivo de la casa: “venía del desierto, de Tierra Adentro y todo parecía quedarle chico: las puertas, las paredes, los muebles” (Borges 1974: 559)” y de ahí que otro “ámbito de regulación de los imaginarios sociales de la Frontera Sur sea la sexualidad ya que ésta constituye una frontera de pasaje fundamental en las praxis sociales de la cotidianidad y del ámbito privado”.

Edna Aizenberg, en “Kiss of the Zombie Woman: The Pleasures and Perils of Postcolonial Hybridity”, se acerca a la pregunta “How does the Afro-Caribbean zombie embody the pleasures and perils of postcolonial hybridity?” o “How does the zombie, born out of the agonizing specificity of Antillian bondage, reveal the knottiness of universalizing the in-between?”, basándose en una comparación de la cultura afro-latinoamericana de una aclamada novela que luego se transforma en un film premiado: *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig. Metodológicamente, Aizenberg analiza e interpreta elementos culturales africanos en Argentina, lo que en un momento produce cierta irritación, mas que dentro de una “postcolonial perspective”, “contests the long-regnant North-South direction of literary exchange and fosters the kind of dialogue [she is] attempting: a dialogue of cultures, literatures, and critical discourses that have rarely, if ever, spoken to each other, despite much lip service in previous decades to a shared ‘thirdworldism’”. Aizenberg debate el postcolonialismo desde una perspectiva crítica, en cuanto se refiere a las posibilidades y a los déficits de la teoría y práctica del postcolonialismo, preguntándose si esta aproximación es de tipo eurocéntrico como muchos acusan y constantando que “[a] postcolonial perspective foregrounds conditions at the peripheries and provides tools for comparing their oppositional cultural politics and destabilizing, frequently innovating, literary strategies. Through a postcolonial lens, important but ignored features of texts from, say, Latin America or Africa come into sharp view, allowing a more penetrating critical practice and a more liberating building of alliances among intellectuals committed to those still marginalized”. Eizenberg muestra cómo el zombie en Puig se presta para analizar las partes positivas y las carencias de la teoría postcolonial así como para describir “the hybrid”, “the “inbetweenness” de la cultura y de las situaciones diaspóricas. Los personajes Valentin y Molina traspasan las fronteras formando un “inbetweenness” en un no-lugar en alguna parte del Caribe, ubicados en una

“multilayered symbolic space within which North American, South American, African, and Caribbean cultural and political discourses cross, converse and clash in a noisy and revealing postcolonial colloquy”. La película enfatiza el horror de una “crucial transposition of the zombie from an enslaved black victim vitiated by white colonization to a virginal white victim menaced by black erotic rites”, donde “the psychological annihilation and physical reification of African being –zombification, in other words– becomes the plight of North American ‘love slaves’. Ambos, texto y película, producen un desplazamiento a-histórico entre una zombificación y una esclavitud específica afrocaribeña, siendo el lugar de opresión la Argentina y no la plantación caribeña; la víctima es, como sustituto, un homosexual y no un heterosexual. Aizenberg termina resumeindo que el texto de Puig “can serve as a cautionary tale on the pleasures and perils of postcolonialism, and the need to avoid seeing ‘postcolonialism’ or ‘hybridity,’ ‘exile,’ ‘diaspora’ or ‘migrancy’ as a catchall or panacea –the ‘if it’s hybrid it must be good’ syndrome”– ya que según ella “[a]ny hybridity, especially postcolonial hybridity, is knotty, conditional, open to positive, and not so positive, manipulation”.

Malva E. Filer afirma en su texto “La ficcionalización de la ‘barbarie’ en la novela finisecular argentina del siglo veinte” que “una de las tendencias más notables en la novela argentina” en los últimos veinte años del siglo XX fue “la reescritura de textos canónicos como *La cautiva*, *Facundo* y *Una excursión a los indios ranqueles*”. Esta reescritura, entendida como deconstrucción del discurso histórico y de la cultura dominante, ha servido para cuestionar los “mitos raciales y culturales” sobre los que se fundó la Argentina decimonónica y ayuda a examinar el fundamento ideológico de la contraposición de civilización y barbarie. Entre otros, esta discusión despierta un nuevo interés en el tratamiento del indio como tema novelesco. La autora constata que la discusión en Argentina al respecto se ve influenciada no sólo por los planteamientos teóricos contemporáneos, sino que “la experiencia de la represión vivida durante el régimen militar conocido como el Proceso (1976-1983) puede haber servido como catalizadora para que el género novelístico rescatara al indígena de una larga amnesia colectiva”. “El uso de la parodia, la ironía, la fantasía y el humor” es destacado como una de las características principales en novelas como *Ema, la cautiva* de César Aira (1981); *Karaí, el héroe* de Adolfo Colombres (1988); *Soy Roca* de Félix Luna (1989); *Fueguia* de Eduardo Belgrano Rawson (1991); *La liebre* de Aira (1991); *La pasión de los nómades* de María Rosa Lojo (1994); *Las nubes* de Juan José Saer (1997) y *Un caballero en las tierras del Sur* de Pedro Orgambide (1997). Siguiendo a Florencia Garramuño, Malva E. Filer señala “la construcción de identidades culturales” como uno de los temas centrales en estos textos, ya que a partir de esta problematización se cuestionan los “mitos homogeneizadores”, recuperando “para la memoria colectiva, la heterogeneidad originaria”.

En su análisis, la autora se centra en las novelas de autores como César Aira, Adolfo Colombres y María Rosa Lojo, quienes a través de “distintos recursos narrativos y diferentes puntos de referencia históricos y espaciales”, abordan la temática anteriormente mencionada. Es así como en la novela *Ema, la cautiva*, de César Aira, por ejemplo, la idea de lo salvaje no se aplica exclusivamente a los indígenas, sino que irónicamente se refleja también en su polo opuesto: “el verdadero salvajismo se da en la conducta brutal y

sádica de los supuestos civilizados”. En la segunda novela analizada por la crítica, *La liebre* (1991) también de Aira, se encuentra “un escenario poblado por personajes históricos” a los que se les han atribuido “genealogías del todo ficticias”. Gracias a esta estrategia narrativa se pueden desdibujar “las distinciones [étnico culturales] entre europeos, criollos e indígenas” en cuanto el autor “despoja de sentido la dicotomía de civilización y barbarie, desvirtuando el biologismo racista” predominante desde el siglo XIX “hasta ya entrado el siglo veinte”. De esta manera, la novela “relativiza la oposición entre el civilizado y el salvaje, y sugiere que la barbarie, la superstición y la aceptación de lo ilusorio no son exclusivas del indígena”. En la visión crítica de la historia argentina de la tercera novela analizada por Malva E. Filer, *Karái, el héroe. Mitopopeya de un zafío que fue en busca de la Tierra Sin Mal*, de Adolfo Colombres, “el narrador comunica la experiencia de su personaje y le permite que hable con su propia voz” para que dé “testimonio por los de su raza, desenmascarando a los responsables de la inhumanidad con la que el indio es perseguido”. La cuarta y última novela a la que la crítica se refiere, *La pasión de los nómades*, de María Rosa Lojo, es “una reescritura paródica de las crónicas” de Lucio V. Mansilla *Una excursión a los indios ranqueles*, en la que la novelista “recrea las contradicciones del discurso del mundo ‘civilizado’ de la época en su campaña por dominar al ‘bárbaro’”. La tradicional dicotomía ‘civilización y barbarie’ se pone en tela de juicio en ésta y en otras novelas restituyendo así “para el argentino moderno la humanidad del indio” que estos conceptos habían exterminado.

Alfonso de Toro/René Ceballos

